



CONTRAPUNTOS SUELTOS

¿CUANTAS notas da una campana?, le preguntaron a Saint-Saëns siendo niño. «Varias —contestó el futuro autor de «Sansón y Dalila»—. La primera, la nota real, y los armónicos resultantes o derivados de ella, como las burbujas que produce una piedra lanzada a un estanque.»

Aunque en la orquesta la campana cumple —muchas veces— misión meramente rítmica, puede asignársele cometido melódico.

De todos es conocida la escena de la consagración del Santo Grial, de «Parsifal», de Wagner, en que cuatro campanas afinadas en Do, Sol La y Mi prestan al acto impresionante solemnidad, mientras que el coro y la orquesta, independientemente, siguen curso de pomposa y maestática grandeza.

El mismo Saint-Saëns utiliza en su poema sinfónico la «Danza macabra» pequeñas campanas, encomendadas al xilofón, que, subrayando el diseño melódico inicial, obtienen bello y pintoresco efecto. Indudablemente, el pasaje constituye un acierto orquestal de descriptiva sonoridad.

Y estas líneas vienen a propósito de un curioso concurso celebrado hace unos días en el pueblo de Yabar, del valle de Iratzi. El pueblo vasco, y el navarro también, son muy aficionados a competiciones, apuestas y concursos, sean de lo que sean: regatas de traineras, apuestas de hachas para cortar troncos de árboles, de guadaña para la hierba, de perros de pastores, de jornadas gastronómicas, en que han disertado ilustres autoridades del arte de la bromatología, etc., pero nos ha llamado la atención la competición del pueblecito navarro: «Concurso de repique de campanas».

Para el concurso se publicó un programa, al que habían de atenerse los aspi-

rantes. Copiamos las bases del mismo. «Los interesados repicarán durante dos minutos un toque festivo; durante otros dos minutos, un toque penitencial, y, finalmente, otros dos de libre elección».

No hay que decir que en este último ejercicio de libre elección los divos de la «cuerda y del badajo» podían dar rienda suelta a su fantasía, ejecutando en el «instrumento» lo más variado y más valioso de su repertorio, capaz de rivalizar con el famoso carillero de Malinas.

Los participantes del concurso han sido doce. Han realizado verdaderos prodigios campaniles.

El jurado, después de maduro examen, otorgó el primer premio al campanero de Arruaza (Navarra), Tomás Gambo; el segundo, al de Arnedo (Rioja), Ceberio Gil, y el tercero al de Yabar (Navarra), Joaquín Huarte.

El numeroso público, que admiró la maestría de los concursantes, aplaudió calurosamente a los concertistas.

Brindamos al Excmo. Cabildo Catedral este ejemplo para la organización de un concurso. El nutrido equipo de campanas de su Giralda, desde la más atiplada, de penetrantes vibraciones, hasta la asochantrada, de venerable gravedad, ofrecería a los concursantes amplio campo para que el «festival» fuera admirado por propios y extraños.

Tal vez Heitor Villalobos, de haber dispuesto de este material sonoro, hubiera añadido otro número a su famosa colección de «choros».

¡Qué difícil es derribar a los ídolos y destronar a los dioses de sus dorados sitios del Olimpo!

«Dentro de diez años no se oír hablar de Wagner», escribía un gran compositor

que, años más tarde, había de escalar las cimas de universal celebridad.

Ricardo Strauss, autor de la frase, se vio obligado, después de asistir al estreno de «Parsifal», a rectificar su juicio. Aún no era autor de «Muerte y Transfiguración» ni de «Don Juan», que habrían de nacer posteriormente.

Por el contrario, Webern, el decafonista, aseguró que su música y la de sus compañeros se oírían dentro de unos años como se oyen las obras de Mozart. Pero aún no acaba de cumplirse su profecía, no obstante los años transcurridos.

Un crítico francés se lamentaba hace unos meses de qué a las representaciones que se daban de «Wozzeck», de Alban Berg, en la Ópera Cómica de París, asistía poco público, en tanto que las representaciones de «Rigoletto» llenaban la Ópera. Estamos seguros de que Verdi no emitió vaticinio alguno sobre la supervivencia de sus óperas, pero les comunicó hábito y vitalidad para arribar a las alturas centenarias. El público que asiste a las representaciones operísticas para oír al cantante tiene en ellas alicientes que colman sus apatencias filarmónicas.

El año pasado, en la inauguración del nuevo teatro Metropolitano de Nueva York, se puso en escena una ópera del americano Samuel Barber. Este tuvo una acogida de pura cortesía. No creemos que se sostuviera en las carteleras. Este año, cuya temporada acaba de abrirse, y que durará hasta muy entrado el mes de abril, la obra elegida ha sido «La Traviata». En su representación triunfó la soprano española Montserrat Caballé, de quien hablamos con motivo de la XXVIII Quincena Musical de San Sebastián. En las arias, dúos y concertantes de la vieja ópera verdiana ha tenido una actuación admiradísima por parte del elegante público neoyorquino, que ha pagado hasta cincuenta dólares la butaca.

La pobre tuberculosa «Violeta» cuenta con alientos para que se le oiga al cabo de siglo y pico de existencia, que, sin duda alguna, prolongará hasta generaciones futuras, mientras tenga intérpretes de la categoría de esta diva catalana.

Norberto ALMANDOZ